



Sobre los esfuerzos del traductor español: el placer único y limitado de traducir en general; la dificultad de traducir de una lengua en su clímax creativo a otra lengua que necesita una nueva orientación para recuperar su vitalidad; algunos ejemplos del mencionado desequilibrio; dificultades añadidas: el Sr. Jonathan Franzen y su consejero holandés; una breve y prometedora conclusión, después de todo.

PALABRAS CLAVE: traducción literaria, experiencias de traducción, literatura estadounidense

Traducir: Apuntes

Ramón Buenaventura
Traductor y escritor

Translating: Notes

On the labours of a Spanish translator: the rare and scarce pleasures of translating in general; the difficulty of translating from a language in its creative acme to a language in need of a new sense of vitality; a few examples of the said unevenness; added difficulties: Mister Jonathan Franzen and his Dutch advisor; a short happy conclusion, nevertheless.

KEY WORDS: *literary translation, translation experiences, North American Literature*



Traducir no es un placer. Miro mi lista de traducciones, más bien larga —como corresponde a mi vasta edad—, y no puedo afirmar que haya disfrutado de muchas. Rimbaud. Sylvia Plath. *Preface to Plato* de Eric A. Havelock (tan importante en mi cabeza). *Façons tragiques de tuer une femme*, de Nicole Lauraux (por esas pobres muchachas sacrificadas, por Polixena, por el gozo de trabajar con los originales griegos de las tragedias). El tomo II de las memorias de Anthony Burgess. Y cositas desperdigadas, al final de la adolescencia: un poema de Juan Tzetzés; otro de Péguy (!); dos piezas de Jean-Paul Sartre, cuyo *Huis clos* me dejó impresionado a los dieciséis años; poemas de unos y de otros... Y *La pauvreté de nations*, de René Gendarme. Fue la primera traducción pagada que hice en mi vida, por mi cuenta (*vid. infra*, entre corchetes) a los veinticinco años. Sudé sangre con la terminología económica (¡esa «relación real de intercambio»!), pero con las veinticinco mil pesetas de 1965 que cobré pude pagarme el viaje inaugural a Ibiza, cuando aún no se habían inventado los hippies y aquello estaba lleno de beatniks y uno se enamoraba de la isla para siempre.

[Intercalo una anécdota paralela y cruel. Cuando aún vivía en la calle Alcalá, a mis veinte años, mi padre llegó un día con el encargo de traducir un grueso libro titulado *Economics of the Labor Market*, para no sé qué Ministerio (oficialmente se ocuparía él, pero en la realidad tendría que ocuparme yo; me pagó con un cartón de Chesterfield largo que compraba barato en el Alto Estado Mayor, quizá de decomisos; así corría la vida, entonces, en 1960: no nos sobraba un duro). Era un estudio de la fuerza de trabajo norteamericana, con sus *unions* y sus armas favoritas, una de las cuales era la negociación colectiva. *Collective bargaining*. Yo entonces no conocía el término, mi padre tampoco,

ni quienes le habían encargado la traducción. Trabajando a contragana y a uña de caballo, con un diccionario Cuyás de los años treinta, nunca llegué a comprender en qué consistía ese *bargaining* tan colectivo. Y puse de todo, creo, menos lo correcto. Nos pagaron. No parece que el libro llegara a publicarse: la traducción sirvió, seguramente, para que los verticales síndicos de la época se hicieran una idea de los sindicatos norteamericanos. Así tardó lo que todavía tardó la negociación colectiva en implantarse aquí.]

Puro deber, lo demás; algunas veces impuesto por la mera necesidad de sacar dinero de donde podía sacarlo. Desde que me retiré del mundo empresarial, a principios de los ochenta, he estado sobreviviendo de la paraliteratura, es decir *a)* de bolos diversos; *b)* de traducir; y *c)* de enseñar a traducir, primero en el Instituto de Traductores de la Facultad de Filología de la Complutense, luego en la Universidad de Santander, tres o cuatro veranos, luego en la Facultad de Traducción del CES Felipe II de Aranjuez, seis cursos enteros (hasta que me jubilaron hace unos días, por la fuerza, porque yo habría seguido un año más). Me gustó enseñar a traducir, aun convencido de que apenas puede enseñarse a traducir y de que los alumnos llegan a la enseñanza especializada sin la preparación suficiente para aprovecharla, y a veces, demasiadas veces, sin menor barrunto de talento para ejercer el oficio que pretenden (dicho de otro modo: mal orientados).

Creo que todas mis restantes traducciones son correctas, y algunas bastante buenas; pero no puedo decir que me hayan deparado satisfacciones. No, de seguro, al cobrarlas, porque casi siempre resulta humillante lo que le pagan a uno tras tantísimas horas de trabajo empeñado. No al publicarlas, porque apenas hay reseña donde se mencione, para bien o para mal, la labor del traductor. Solo, quizá, al añadirlas al currículo,

porque así lo tiene uno más largo, y en este campo sí que cuenta el tamaño. Por lo demás... Una termina y empieza la siguiente. Y sin cómitre que ponga ritmo al esfuerzo. Pom-pom-pom.

* * *

Todos sabemos, además, que no es posible traducir, ni siquiera entre idiomas tan próximos —pongamos por caso— como el gallego y el castellano. El clásico ejemplo: ¿cómo decimos «xeito» en castellano? Ni siquiera hace falta cambiar de idioma para enfrentarnos con semejantes imposibilidades. ¿Puede un norteno entender el «malage» del Sur? [Sí, debemos escribir «malage», con *ge*, no «malaje», aunque el DRAE diga lo contrario, porque el término viene de «mal ángel». Explíqueme usted esto a un señor de Burgos.]

No hay —al menos desde que se inventó el mito de Babel— prácticamente ningún ser humano que no sea consciente de esta imposibilidad. Tal vez de ahí provenga el poco respeto que, en general, tiene la gente por el trabajo del trujamán: su copia del original es siempre, indefectiblemente, inferior a éste (el idioma del que se traduce es siempre, indefectiblemente, mejor que el idioma al que se traduce), cuando no constituye traición (esto es: cuando no embellecemos una obra mediocre; pero esa es otra historia). Ya nos sentenció el cura de Cervantes hace medio milenio:

[...] el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya [*si está traducido, quiere decir, claro*], no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—, mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiéades —respondió el cura—; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y *lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.*



* * *

Pero ¿qué tal del inglés?

«Good morning», en la mayoría de los casos, se puede traducir por «buenos días» sin demasiada traición, aunque alguien (el traductor, supongamos) se quede con el exagerado resquemor de que ahí, en inglés, lo que pone es «buena mañana», no «buenos días». Luego, si nos metemos en «good evening», aún la liamos más, porque, nos pongamos como nos pongamos, en español no tenemos «evening». A mí me gusta mucho la palabra «sonochada», y el DRAE me da la razón [**sonochada**. 1. f. Principio de la noche. 2. f. Acción y efecto de sonochar.] [aunque mucho ojo, porque sonochar es ya 1. intr. Velar en las primeras horas de la noche, y no nos vale.], pero si me atreviera a encajar una palabra así en la traducción de una novela norteamericana del siglo XX, estaría desbarrando, y hasta es probable que la editora me regañase, por recurrir a una palabra que no entenderían los lectores.

[Ustedes, si no escriben, no se habrán dado cuenta, pero me atrevo a garantizarles que hoy en día no se puede utilizar ninguna palabra que no conozcan los lectores. No traten ustedes de averiguar a qué lectores nos referimos (¿profesores de lengua jubilados? ¿amas de casa ocupadísimas? ¿ejecutivos trilingües con dos másteres



en elaboración de leche caprina? ¿miembros de alguna peña botellona?), ni se les ocurra ocurrírseles que para algo están los diccionarios y que ustedes, cuando empezaron a leer, lo que querían, entre otras muchas cosas diversas, era aprender. Anthony Burgess —palabrero de pro— contaba que un día andaba paseando a su perro llamado Out, recién publicado *Earthly Powers* (la novela que lo devolvió a la fama, cuando ya lo teníamos casi olvidado tras la adaptación al cine de su *Clockwork Orange*), y se encontró con el cura de la localidad, y claro, salió el tema de la novela, y el escritor le preguntó al santo varón que qué le había parecido —porque, además, el relato iba de un Papa—, y el santo varón le replicó que había dejado la lectura en el primer párrafo, porque había tropezado con la palabra «catamite», cuyo sentido ignoraba, y hasta ahí podíamos llegar. Un «catamite» es un muchachito mantenido por un bujarrón (y no me digan que no conocen la palabra «bujarrón» porque me darán muchas más ganas de desactivar para siempre el procesador de textos). Y «catamite» era la palabra exacta que Anthony Burgess necesitaba en ese momento y le echó un par de redaños y la puso. A costa de perder un lector o cincuenta... Luego vino la traducción española y José Manuel Álvarez Florez* recurrió a no recuerdo qué otra palabra, pero no se atrevió a poner «catamita», o no lo dejaron. Hombre, «catamita» no viene en el DRAE, que no es muy generoso con los términos de no *rabiosa actualidad*, pero sí en la *Enciclopedia del Idioma* de Martín Alonso (uno de los mejores diccionarios del español jamás publicados, lamentablemente no disponible, porque la editorial que podría reeditarlo no quiere reeditarlo, y mire que me puse yo pesado con el asunto en mis tiempos de Santillana) y sí —boquiábranse— ¡¡¡en la Wikipedia!!! donde se nos aclara además que el término procede del etrusco,

toma ya. Y ¿quién cree usted que puede haber utilizado «catamita», entre los miles o quizás millones de grandísimos escritores y escritoras de la lengua castellana? Naturalmente, señor mío: don Francisco de Quevedo y Villegas. Cuando no sepa usted a quién atribuirle una palabra, recurra a Quevedo. Seguro que él la conocía... Pero a lo que íbamos: si en la versión española se hubiera traducido «catamite» por «catamita», al lector español le habría sentado como una patada en la glotis, pero el traductor habría tenido muchísima más razón que un santo.] [¿Quieren ustedes más prueba de que no se puede traducir?]

Estábamos con «good evening», y lo mismo podríamos haber estado con cualquier otra martingala. El inglés no es un idioma *muy* alejado del castellano, pero —quitadas nueve décimas partes de la gramática y unos cuantos miles de vocablos— tampoco es que se le parezca mucho. Se parecía más en tiempos de Shakespeare y Cervantes, cuando las lenguas vulgares aún acezaban bajo el peso enorme del corpa-chón clásico, y ninguna mandaba en las demás. Ahora, el inglés manda y el español obedece, porque el inglés crea y el español traduce como puede, si se entera. Los términos modernos, en su casi totalidad, nacieron y siguen naciendo en inglés. Unas veces se pueden pasar al castellano y otras no. En el campo de la informática, por ejemplo, el español ha encajado bien la mayor parte del vocabulario, pero hay términos en que nos embarrancamos. «Computer» ha dado el lógico «computadora» en Hamérica (he decidido escribir Hamérica, con *hache*, cuando me refiero a la América de **habla hispana**) y el estúpido «ordenador» en España (porque a algún listo se le ocurrió que quedaba mejor calcar del francés «ordinateur» que del inglés «computer»). Luego tenemos «subir», «bajar», «cargar», «salir», «entrar», «activar», «reiniciar»

(y también algunas elaboraciones no del todo antipáticas, como «resetear», que suena estupidamente, admitámoslo)... Ya digo: bastante aceptable. Salvo «software», que no solo no puede traducirse, sino tampoco robarse. A mí me gusta secuestrar las palabras y obligarlas a convertirse al castellano, como se ha hecho toda la vida. Si el francés «petit maître» ha dado el tan castizo «petimetre», que incluso puede pronunciarse con acento madrileño Arniches, por qué no vamos a decir márquetín y parquin y castin y ranquin *and so on*. Así, al cabo de unos decenios ya nadie detectará el origen inglés de tales voquibles. Pero hay robos quenquenó, y «software» es uno de ellos, porque carece de pronunciación posible en español: la combinación *ftw* se convierte en algo parecido a *fgu*, es decir «sófguar», que la verdad, no tiene clase suficiente para entrar en ningún diccionario, ni siquiera el más burdo. (Hay palabras en cuya internacionalidad todos deberíamos ponernos de acuerdo y aceptar que su escritura no debe castellanizarse —jazz, whisky, judo, kleenex, no yaz, güisqui, yudo, clínex—, porque despistaríamos a todo el mundo. Además, ahora, con el glorioso triunfo de los buscadores interneteros, la vida está pidiendo a gritos una globalización de muchos términos internacionales, y también de las transliteraciones, en general, y de los nombres de los países. Así, por ejemplo, suponemos que le entra a usted el patriotero capricho de averiguar en cuántas páginas de la Red se menciona España: tendrá que buscar España, Spain, Espagne, Spagna, Espanha, Espanya, Spania (y su buen etcétera), y además a ver qué hace con las webs compuestas en otros alfabetos. Hay que imponer estándares. Que Francia sea France en todos los idiomas y alfabetos. Lo que no puede tolerarse es que Aquisgrán se llame Aix-la-Chapelle y también Axen, y vaya usted a saber qué otros nombres más en diver-

sos dialectos alemanes. Así no hay modo. (Claro que este razonamiento nos lleva a solicitar la globalización del idioma, es decir el ingenuo esperanto. No hace falta llegar tan lejos. No *se puede* llegar tan lejos sin cargarnos la cultura.)

Pero no vayan a creer que la invención actual del inglés se limita a la ciencia y a la técnica: la alegría de ser los más poderosos, los más ricos, los más libres (ellos están convencidos de ser esto último, fíjense qué raro, cuando su libertad, vista desde fuera, parece consistir en ser todos iguales, porque el que disiente lo tiene marrón, aunque no lo metan en la cárcel: pregúntenles a Chomsky o a Gore Vidal), etc., infunde en los hablantes un optimismo lingüístico sobrecogedor. El francés vivió así durante siglos. El español pudo vivir igual durante el Imperio (no el que iba hacia Dios: el otro, que el que gestionaba los intereses de Jesucristo Nuestro Señor en la Tierra), pero se abstuvo, porque crear lenguaje, con la Inquisición encima, resultaba peligrosísimo. Ahora le toca al inglés: instalados en un ambiente lingüístico más optimista y menos normativo que el nuestro, sus usuarios se pasan el pajolero día inventando palabras, locuciones, chascarrillos, que luego meten en los diálogos de sus novelas, para que gocemos los traductores. Palabras y expresiones recién cocinadas, que nombran fenómenos reales a los que aún no habíamos puesto nombre. EJEMPLO QUE ACABO DE ENCONTRARME: ¿Cómo se llama el instantáneo y penetrantísimo dolor de cabeza que causa a veces la ingestión de bebidas muy frías? «Brain freeze», en inglés. Nada, en ningún otro idioma que yo haya podido localizar.

Así, cabe observar que uno de los entretenimientos favoritos de los americanos (más que de los británicos, australianos, canadienses, etc.) es dedicarse a observar palabras nuevas, definir-las, catalogarlas. Yo, que soy un mero súbdito, estoy suscrito a varios servicios de información:





Urban Dictionary, MetaGlossary, Schott's Vocabulary, Word Spy... Lo último de Urban Dictionary: «anuscrito» (*texto escrito con el culo: utilísimo término, por cierto, de algo más que frecuente aplicación) (o guión de un película pornográfica). Lo último de Word Spy: «bleachorexia» (*obsesión por blanquearse los dientes). Lo último de Schott's: «retrosexual» (*persona que ha reavivado sus relaciones pasadas, quizá sirviéndose de redes sociales como Facebook) (retrosexualidad en este momento muy observable en las series televisivas americanas, donde apenas hay protagonista que no esté enganchad a su ex) (la falta de vocal detrás de «enganchad» es un intento mío de crear palabras epicenas donde no las hay) (no funciona, pero así salió). Etcétera etcétera. Traducir de un idioma bullicioso y vital y despampanante a un idioma lánguido y desconfiado de sí mismo y con la moral comida, un idioma de escritores vendidos sin comprador y hablantes especializados en el grito y el aspaviento... no es coser y cantar. (Afirmación muy contraria al triunfalismo lingüístico que se practica en los estamentos oficiales de España, sobre todo en el Instituto Cervantes y en alguna que otra editorial. ¡Oh! ¡Somos cuatrocientos millones de hispanohablantes! ¡Oh! Luego hay que ponerles subtítulos a las películas hamericanas en que la gente habla deprisa y natural. Pero. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!)

Otro problema de la traducción de textos norteamericanos al español es el exotismo que caracteriza a los Estados Unidos, país de costumbres y leyes pintorescas que el traductor no puede conocer en su totalidad; país de deportes pintorescos, también. Un gran escritor que conozco bien, porque me ha tocado pasar al español muchas de sus novelas —Philip Roth—, es judío, totalmente judío, con toda la cabeza ocupada por el judaísmo (a la contra, quizá, pero ocupada), y, sin embargo, adora el

béisbol, apenas puede escribir un libro sin meter alguna descripción o anécdota o referencia de este estrafalario deporte. Creo recordar que España, hace muchos años, fue campeona de algo en béisbol, pero son hazañas que casi nadie mantiene en el disco duro. Y, desde luego, aquí no manejamos un vocabulario beisbolero que la gente, en general, entienda. Lo tienen en los países de habla hispana donde se practica esta combinación de estacazos y carrerones: Cuba, Venezuela, México, etc. Países entre los que no hay buena comunicación lingüística (uno de los fallos del español, comparado con el inglés), lo que da lugar a que en cada uno de ellos se utilice un léxico distinto. ¿A cuál traducimos la minuciosa y sazónada descripción de algún «juego» de béisbol —profesional o amateur— en que a veces se deleita Roth?... Otro que tal anda es Jonathan Franzen, que, para colmo de desajustes, se cree *profundamente* europeo, porque ha vivido becas en Alemania y ha viajado un poco por la Antigua Casa. Mis sinsabores con su obra magna, *The Corrections*, están en el *Diario de una traducción* en ¡cincuenta capítulos! que publicó el Centro Virtual Cervantes. Una sola anécdota: el contrato de Franzen incluía una cláusula de aprobación de la traducción. Escribí en el *Diario*: «Odio las cláusulas de aprobación por el autor. Mi experiencia, en ese sentido, es terrorífica. Ejemplo: cuando yo residía en despachos editoriales, una famosísima escritora neoyorquina nos tuvo atascada una traducción durante semanas, enviándonos comentarios de 20 y 30 folios por capítulo y reclamando incluso que replanteáramos la tarea desde el principio, porque la versión que le proponíamos *no era aceptable desde ningún punto de vista*. Luego, charlando con ella y tirándole de la lengua por teléfono, pude averiguar que el «punto de vista» aducido no era el de la propia autorísima (que, dicho sea de paso,

no habla castellano¹), sino el del «superintendente» de su edificio, madrileño de nacimiento, residente en Nueva York desde hacía una larga ristra de años... En fin. Nada que alegar contra el ilustre gremio de porteros de finca, siempre, desde luego, que se atengan a su cancerbera labor (muy escorada al bricolaje, en EE. UU.) y no se metan en averiguaciones no calibradas a sus indiscutibles talentos.» Peor aún lo que me ocurrió con Franzen, que devolvió mi traducción, calificándola de «inadmisible» —así, como suena— porque estaba infestada de errores gramaticales y disparates de todo tipo. Luego resultó que su asesora en materia de pureza del español era una señora chilena que llevaba un montón de años viviendo en Holanda y a quien, evidentemente, se le había olvidado la lengua materna, si era que alguna vez la supo: según ella, mi principal error consistía en poner algunos adjetivos delante del nombre, y eso —como

¹ No hablaba castellano. Desgraciadamente, con posterioridad a este escrito mío, Susan Sontag fue asesinada por el cáncer sin haber cumplido los setenta y dos años. Conste que conmigo siempre se llevó muy bien, pero tiene que haber por ahí gente —sobre todo mujeres famosas— que aún recuerde con dos o tres escalofríos sus estancias en Madrid para promoción de los libros.

todo el mundo sabe— no se hace en español. La editorial tuvo que movilizar todos sus recursos para salvar mi texto... Le cogí tal inquina a Franzen que luego me negué a traducir un libro suyo posterior. Y la inquina no era solo por el incidente de la latiniparla chileno-holandesa: traducir *The Corrections* fue un verdadero tormento, trivial, para más inri, porque la mayor parte de las dificultades eran caprichosas. En el libro hay personajes que trabajan en el ferrocarril, en las finanzas, en la cocina, en multitud de oficios y aficiones distintas. El relato de cada uno de estos expertos se sostiene en algún manual sobre el tema que se compró Franzen para asesorarse. Los autores, a veces, hacemos el ridículo ante los traductores, que se callan; nos callamos. El lector no se entera de nada.

* * *

Pero resulta que sin traducción no habría cultura ni civilizaciones.

Somos baratos pero imprescindibles, los traductores.

RECIBIDO Y VERSIÓN FINAL: ENERO DE 2010

ACEPTADO: FEBRERO DE 2010

